

bras aquellas fiestas en que la llamaban reina, en que era blanco de todas las miradas lúbricas, aquella mujer que se había adelantado en el camino de su vida para ocultar á sus ojos á Clemencia, el ídolo hermoso un día de su corazón.

Sintió un dolor punzante por su desengaño.

Sintió una ansiedad infinita por su remordimiento.

Pero de un desengaño brota otra esperanza.

Pero de un remordimiento, brota la flor de la virtud.

Y una esperanza es el porvenir.

Y la virtud es la felicidad.

XIX.

ARREPENTIMIENTO.

Fernando salió de aquel lugar como atontado y sin saber lo que por él pasaba.

Anduvo algun tiempo por las calles sin reconocer sitio, absorbido en sus pensamientos, mirando su desengaño, sufriendo con sus remordimientos.

Amanecía y el aspecto de la gente honrada que despues de dormir con un sueño tranquilo volvía alegre á sus tareas, hicieron una mas profunda impresion en su ánimo y comenzaron á sacarle de aquel estado horrible, en que hacia algunas horas se hallaba.

Se estremeció como si al haberse visto rodeado por el mundo material, desgraciado y criminal hubiese tomado una resolucion en cuya ejecucion, podria tal vez encontrarse la felicidad y la virtud.

Se dirigió lentamente á su habitacion en la calle del *Indio Triste*.

En la calle del *Amor de Dios*, se sentó en un guardacanton para limpiar el sudor que inundaba su frente.

Después la campana de la iglesia de Santa Inés, que llamaba la primera misa, despertó en su alma un sentimiento de religión adormecido.

Hacia seis meses que por seguir á doña Regina, había olvidado todas sus costumbres de niño.

Penetró en la iglesia con el corazón prensado y los ojos llorosos, buscó el rincón mas apartado y allí oyó la misa que diez ó doce mujeres pobres oían.

¿Qué pasó entonces en aquella alma entristecida por una sombría duda? ¿qué pasó en esa hora solemne, en que se halló á las solas con Dios y su conciencia, con el recuerdo de pasados errores?

Nadie, ni las graves imágenes que decoraban el modesto altar podrían decirlo.

Solo que el que había entrado allí con el corazón hecho pedazos, salía de allí consolado.

Había tomado una resolución.

Pero una de esas resoluciones inalterables que influyen sobre toda una vida ó á lo menos sobre todo un presente.

Se dirigió á su habitación, subió silencioso la escalera y cerró la puerta con llave.

Se dejó caer en un sillón y lloró, primero con tibias lágrimas, después con raudales del alma.

Permanecía un momento en silencio y volvía á comenzar sus rotos sollozos.

Eran aquellas ardientes lágrimas el efecto físico de una causa que estaba en el alma.

Era una queja contra el mundo y una acusación contra sí mismo, eran un remordimiento y una esperanza, eran un adiós y un consuelo.

Si no hubiera llorado habría reventado de dolor su corazón.

Hay veces en que el vaso de la existencia está lleno de cenizas y no cabe ya una sola lágrima.

Peró hay veces en que está lleno de lágrimas y un fuerte sacudimiento moral, le vacía desvordándolas.

Así que se hubo librado completamente de aquel peso, que le estaba ahogando dolorosamente, se levantó, bañó con agua

pura sus sienes y se dirigió á su bufete para escribir dos cartas; la una decía;

SEÑORA:

“Me habeis engañado como á un miserable; pero yo os desprecio y bendigo este engaño que me separa para siempre de vos.

“Tarde os he conocido, pero nunca es tarde para volver á entrar en el camino del bien del cual me habeis desviado con vuestra fatal hermosura.

“Parto, señora, abrevado el corazón por un horrible desengaño, pero en mi país natal está la luz de la virtud y la calma de la felicidad es la que alumbra.

“Adios, señora; que el cielo os quiera perdonar como yo os perdono, todo el mal que me habeis hecho y hay alguno que os ame tanto como yo amo el bien que con ese mal me habeis causado.

“FERNANDO.”

Y puso en el sobre:

“A doña Regina de San Victor.”

“En la calle de las Capuchinas.”

Otra dirigida á su tío el buen brigadier don Rafael, decía:

MI AMADO TIO:

“He tomado una resolución que nada hará variar.

“Renuncio á la carrera militar, comenzando por hacer dimision de mi capitanía.

“Si no se me admite, abandonaré mi empleo como un desertor.

“Si vd. me ama, como no lo dudo y como hasta aquí me lo ha manifestado con tanta ternura, vea como mejor lo arregla con el señor virey, porque mañana partiré sin que nada me detenga.

“Adios, tío mio, gracias por tanto cariño y por tanta bondad.

“Que el cielo dé á vd. en felicidad cuanto yo le profeso en cariño.

“FERNANDO.”

La rotuló así:

"Al señor brigadier de las milicias de S. E. el señor virey, don Rafael de Gomez."

La tercera que el jóven escribió llorando, decía:

"CLEMENCIA MIA:

"Podria engañarte; pero prefiero no hacerlo, porque á un ángel se le dice la verdad.

"Hace mas de un año que no te he escrito, porque, ingrato te habia alejado de mi corazon.

"Pero hoy vuelvo á tí mas amante que nunca, parto para ir á unirme contigo para siempre.

"En este momento, me parece que he tenido un sueño espantoso de un año; pero he despertado por fin y al despertar te encuentro mas pura, mas santa, mas indigno yo de tu amor de ángel.

"Desvanecida mi pasajera ilusion tan falsa; me encontré solo y desgraciado en la inmensa llanura de la vida; pero volví llorando mis ojos al sitio donde un dia abandoné mis creencias y la luz purísima de tu amor llegó á mí entre las oscuras nieblas de la desgracia.

"¿Me perdonarás?

"Bien merezco tu perdon porque he sufrido y soy desgraciado.

"Supongo que el clima de Jalapa, donde el doctor te ha hecho ir á habitar para restablecer tu salud envenenada por una maligna enfermedad, te habrá sentado bien porque ha mas de seis meses que mi padre no me habla una palabra de tí.

Dentro de un momento, acaso antes que ésta llegue estaré á tu lado para no separarme mas.

"FERNANDO."

El jóven abrió un cajon de su bufete, sacó de él algunos papeles, besó algunas flores marchitas, que desde su partida de San Roque no habia vuelto á ver: besó tambien aquel retrato sobre el que la víspera de partir, en el jardin habia jurado á Clemencia no olvidarla, prometiéndole tambien no apartarle jamás de su corazon; dos juramentos que habia violado al vender

ese su corazon á una cortesana: Suspendióle á su pecho, abrió uno á uno los papeles.

Eran las cartas de Clemencia.

Eran ese conjunto de palabras que forman la historia mas patética y mas interesante de una mujer enamorada.

Primero dulces palabras, tan dulces como un arroyo que se desliza entre flores, despues suspiros y lágrimas como los quejidos que lanza ese arroyo al ensancharse en la llanura y despues amargura como la de ese mismo arroyo que corre perdido á abismarse en el mar, arrastrando en su curso las flores que se habian dejado mecer blandamente en sus aguas, en la llanura.

Primero flores, despues abrojos.

¿Quién podrá traducir al idioma terrestre todo el poema de sentimiento que se realiza en un corazon al hacer tímidamente una confidencia por medio de un papel?

Nosotros creemos que el amor está en los recuerdos, porque sólo en los recuerdos se encuentra el sentimiento.

¿Y qué especie de amor dejará mas recuerdos?

¿El amor de las orgías? ¿el platonismo silencioso?

Nosotros creemos que el segundo amor que se siente en la vida.

Figuraos al través de vuestros tristes recuerdos aquella época de vuestra juventud.

Vivia vuestra familia en el campo en uniforme amistad con la de la mujer que adorábais, á quien llamábais vuestro ángel como se llama á todas las jóvenes cuando se tienen veinte años.

Era una aldea á corta distancia de la ciudad: permaneciais en esta última durante el dia, en la prosa de vuestros negocios ó vuestros estudios; pero en la tarde atravesábais delirando sobre un volador caballo la distancia que de ella os separaba.

Cuando llegábais, ya se afanaban los vuestros en los preparativos de esas fiestas animadas que forman durante la noche las familias de la ciudad en el campo.

¡Oh! y allí eran las confidencias, los juegos á la blanda luz de la luna, el abandono del amor, los proyectos, las promesas, todo ese mundo de los corazones juveniles.

¿Qué sentis de triste, de amargo, cuando unos años despues,

volvéis á pasar por aquel lugar, deteniéndoos en cada sitio donde hallais todo un orbe de recuerdos; cuando aquella jóven se ha casado se ha muerto ú os ha vendido, cuando habeis atravesado una época de azares y desdicha?

¿Qué sentís?

¡Oh! Dios no debia habernos dejado el espantoso castigo de los recuerdos.

Más valdrian los grandes pesares que solo tuvieran un doloroso presente y no ese pasado, que mi está justificado por el llanto.

Porque ¿qué responderéis cuando os pregunten la causa de vuestro llanto, y esta no esté, en una gran desgracia que cualquiera puede ver ó tocar materialmente?

Respondedle que llorábais por un recuerdo.

Idle á revelar todo el martirio que espermentais con la vista de un objeto, intentad esplicarle que debajo del polvo con que los años han ultrajado ese objeto, hay una imájen que otros dias fué vuestra gloria, pensad en hacerle leer en cada grano de ese polvo toda la historia de vuestra vida.

Hacedlo y ya vereis qué irónica es la carcajada que cubre vuestras palabras, con qué desprecio se contempla la flor marchita mas que por el tiempo, por vuestras lágrimas.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡tú eres el único confidente del pasado! ¡tú eres el refugio, el amparo de los que no son comprendidos en la tierra!

Fernando al recorrer aquellas cartas las vió al través de las lágrimas que su arrepentimiento le arrancaba.

En una de las últimas se detuvo: databa de un año porque por un sentimiento de tierna delicadeza, Clemencia cesó de escribir desde que comprendió que era importuna y su recuerdo se habia borrado del corazón de Fernando.

Habia guardado silencio en vez de suplicar y humillarse, de proferir imprecaciones ó de aparentar indiferencia como lo hacen en estos casos las mujeres.

Decia así:

FERNANDO.

Aunque en el largo espacio de un año, solo tres cartas tuyas

he recibido, no he tenido grave cuidado porque he creído que tus ocupaciones no te permiten ya consagrarme tanto tiempo como antes.

Y luego ¿para qué escribir cuando en el fondo del corazón se sigue amando con el mismo fuego y es uno el mismo de siempre?.....

En este largo año de mi vida, he llorado mucho; pero he esperado mucho tambien y aun me siento con fuerzas para esperar otro año, que creo será lo que dure á lo mas tu ausencia.

He comenzado una obra de manos en la que debo ocuparme algun tiempo, y esperaré entretenida y alucinada para poder presentarte un objeto que será un primor y que tendrá para tí el doble mérito de ser obra mia y de ser un testigo de mis suspiros, de mis lágrimas y de mis esperanzas, durante nuestra amarga separacion.

Solo una cosa me inquieta seriamente.

He comenzado ha estar mala de esa enfermedad que ya sabes padezco desde la infancia, y algunos dias he tenido que permanecer en la cama, por orden de mi padre que se aflige mas de lo que debe, tal vez, porque me ama tanto; pero yo no me siento tan mala, sin embargo, por darle gusto le obedezco en todas sus prescripciones.

El otro dia, al tomar mi pulso, no pudo evitar un movimiento de cabeza y me dijo que si continúo así, irémos á pasar el invierno á Jalapa que tiene un clima mas benigno.

Yo te confieso que he estado á punto de llorar; ¿cómo abandonar esta casa y este jardín tan llenos de dulces recuerdos tuyos? ¿cómo abandonar este hermoso lugar, donde encuentro en todas partes las huellas de tus pasos?

Se me figura á veces, durante la noche, cuando me paseó por el jardín, que te estoy esperando como tantas veces te he esperado; cuando toco el piano es tanta mi ilusion de que me escuchas, que muchas veces me vuelvo para hablarte, y al encontrar tu lugar vacio, lanzo un grito, ciérrro el piano y me pongo á llorar. No he movido los objetos del sitio en que los dejaste para que cuando vuelvas no encuentres ninguna variacion y solo creas que despertamos de un largo y triste sueño; pero sin que nada en

nuestra existencia haya cambiado: Guardo el mismo vestido que tenia puesto el dia que partiste, para no volvérmelo á poner sino el dia que vuelvas.

Vaya, te contaré una niñada que me perdonarás ¿no es cierto?

He sembrado un rosal á quien he dado tu nombre y cuyas flores han de servir para mi corona de desposada.

De desposada ¡Dios mio! solo el pensamiento de tanta felicidad me hace llorar de alegría.

Casi la mayor parte de las horas del dia paso junto de él en el jardin regando sus tiernas hojillas, protegiéndole con mi cuerpo de los rayos ardientes del sol, de las ráfagas heladas de viento y de las gotas de lluvia.

Perdóname Fernando; pero se me figura que estoy á tu lado y le hablo de nuestros proyectos, de nuestras esperanzas, me alegro ó me entristezco con él, y lo crearás, parece que me comprende, porque cuando lloro se estremece y cuando sonrío levanta sus hojillas como si participase de mi expansion.

Pronto brotarán sus primeros capullos.

Si tuviese que ir á Jalapa, le llevaria conmigo, porque de otra manera se me figuraria que me alejaba de tí.

Mi padre, no me habla de tí, ni me dice nada de esto, solamente toma mi mano entre las suyas para tomar mi pulso con disimulo, y me mira y se sonrie con una risa tan melancólica y tan triste, que por mas que hace para ocultármela no puede disimular la pena que le aflije.

Otras veces, bajo el pretesto de que estoy constipada, aplica su oido sobre mi pecho ó sobre mi cuello y me hace permanecer en esta postura mucho tiempo.

Despues se encierra en su cuarto y permanece largas horas estudiando y preparando alguna amarga medicina que me hace tomar.

Yo me veo en el espejo y no encuentro en mi cara como indicio de la enfermedad, mas que una completa palidez; pero esto es muy natural, por lo mucho que lloro por tí y lo poco que me distraigo en otras cosas.

Ya volverán los colores á mi rostro cuando tú vuelvas.

Don Estévan viene como antes y aunque ninguno de los dos hablamos de tí; sin embargo, con disimulo me da de tus noticias.

De quien no se ha vuelto á saber mas, el del señor Gil Gomez, que abandonó la aldea al siguiente dia que tú, y que segun dices nunca le has visto en la capital.

¡Pobrecillo, te amaba tanto!

¿Quieres que te diga mi método de vida durante tu ausencia?

Mira: me levanto un poquito tarde, porque mi padre me ha prohibido absolutamente recibir el viento frio de la mañana: me pongo de rodillas sobre el lecho y hago una oracion por tu completa felicidad, porque Dios te preserve del mal en cualquier lugar en que te halles. Como don Estévan ha dicho acá que no era extraño que de un dia á otro tuvieses que acompañar al señor virey á alguna campaña, hago otra porque no suceda esto: porque si yo supiese que te hallabas espuesto á algun peligro, ¡oh! entonces ni podria vivir. La mañana la paso al lado de mi rosalito, hasta que como en compañía de mi padre que me mira y mas me mira con tristeza y procura entretenerme habiéndome de asuntos divertidos: despues paso algunas horas al piano, tocando las piezas de música que á tí mas te gustaban ó algunas veces cantando á pesar de la prohibicion de mi padre que dice que este esfuerzo lastima mi pecho: en la tarde vuelvo á mi rosalito para estar leyendo los libros que contigo leí. Despues acompaño á mi padre á su paseo vespertino, y volvemos temprano á casa porque él teme para mí el viento frio de la noche. Las horas de la noche las paso bordando lo que te he dicho. A las once me duermo pensando en tí y casi siempre sueño contigo.

A veces sueño que llegas, que te veo descender sobre tu caballo la colina que se ve desde la verja del jardin, acompañado del señor Gil Gomez, como tantas veces te he visto en aquellos dias felices.

Otras te sueño herido, ensangrentado, pálido ó muerto, y entonces despierto anegada en lágrimas.

¡Si vieras lo que soñé la otra noche! cualquiera diria que era un presentimiento.

Soñé, que viéndote llegar quise salir á tu encuentro y no pude porque estaba muy mala, que tú veniste á mí y me dijiste con mucha tristeza, al ver que yo no me movía ni te hablaba:

—¡Pobre Clemencia! está muerta.

Yo me sonreí al escucharte.

—¡Y bien muerta! proseguiste, ¡Clemencia! ¡mi Clemencia!

Yo te estaba escuchando, pero no podía responderte.

Entonces tú te alejaste llorando.

Y desperté, oprimido el pecho por una terrible angustia.

Por eso solablemente me inquieta mi enfermedad, ¿qué importaría morir al cabo de algunos años de haber vivido á tu lado?

Pero ¡Dios mío! morir antes de haberte visto, de haberte estrechado entre mis brazos una última vez, sería un castigo espantoso que el cielo no me enviará jamás, porque creo no haberle ofendido de una manera tan atroz.

¡Oh! ven pronto mi Fernando, porque llorando te espera

CLEMENCIA.

Las demas cartas eran anteriores á esta; porque despues la niña solo habia vuelto á escribir otra, por ese sentimiento de delicadeza y abnegacion sublimes de que hemos hablado.

Fernando acabó de arreglar las otras cartas de su padre y todos los objetos para encerrarlos en su maleta de viaje.

Despues salió para hacer llegar las cartas á su destino y no volvió á su habitacion hasta bien entrada la noche.

XX.

EN JALAPA.

Jalapa es el Edem de ese Eden que se llama México.

Figuráos, los que no la habeis visto, una beldad con la frente coronada de flores y reclinada sobre un lecho de rosas á la falda de un cerro que se llama el *Macuiltepec*, ceñida y refrescada por un río, que despues de haberle acariciado con suave rumor va á abismarse en el mar bajo el nombre de río de la Antigua.

Figuráos una ciudad donde en todas partes nacen flores que adormecen y embalsaman con su blandísimo perfume: donde acarician los oídos y estremecen las fibras del corazón, músicas de harpa ó de un instrumento pequeñito y vibrador que se llama *requinto*: donde hay mujeres hermosas con una hermosura popular en todo México: donde cada amor es un idilio de Homero ó una confidencia de Lamartine: cada conversacion un proyecto de fiesta, cada fiesta un concierto del cielo.

Figuráosla con sus casas de un piso, pintadas alegremente de blanco y adornadas con amplias ventanas que á su vez adornan grupos de jóvenes aseadas, hermosas, alegres, como una bandada de esas aves que tanto abundan en sus bosques y se llaman

UNIVERSIDAD DE ALFONSO REYES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
Año. 1925 MONTECERREJÓN, JALAPA